

IV.

EL PEREGRINO JUNTO Á LOS SEPULCROS.

ENTORNADA está la puerta.

Entremos.

Hemos atravesado el claustro que muestra toda la pureza y esplendor del género gótico; hemos detenido un momento nuestra mirada en los veinte y cinco famosos cuadros del célebre Viladomat que adornan sus paredes.

Ya estamos en el templo.

Qué majestad! que grandeza! pero sobre todo, que silencio!

Es de noche, es la hora del recojimiento y de la soledad, de la meditacion y del misterio.

Los frailes se han ido deslizando uno á uno á lo largo del presbiterio despues de haber dejado oír sus monótonos cantos; el órgano no late ya á impulsos de la jadeante respiracion de sus metálicos tubos; las lámparas de plata penden melancólicas en las capillas dejando vagar el aire su oscilante lengüecita de fuego; los muertos descansan en paz en sus sepulcros.

Los muertos! vamos á visitar sus postreras moradas, vamos á rogar, á llorar, á recordar sobre cada una de las tumbas.

Sí, pero, quién nos acompañará? quién nos servirá de guía? quién puede decirnos, acerca los que duermen bajo el frio marmol, la eternidad de su sueño, el nombre que han dejado en el mundo, la página que han ilustrado en la historia, la tradicion que han legado á sus familias?...

En el claustro ha pasado por junto á nosotros un peregrino: tambien le hemos visto aquí en el templo perderse entre las sombras que se agrupan bajo la nave. Huésped asiduo de estos sitios, él debe estar enterado.

Busquémosle.

Donde se habrá ido? Estará rezando en alguna solitaria capilla....

Ah! Allí está! Miradle allí, de rodillas ante el cristal que encierra una santa espina de la corona de Cristo, regalo de la ciudad de Barcelona al convento.

Acerquémonos.

— Buen peregrino, deseáramos visitar uno á uno los sepulcros, pero nos falta un guia. Si de ellos estas enterado, quieres serlo nuestro?

— De ellos estoy enterado. Seré vuestro guia.

— Gracias, buen peregrino. Por donde empezaremos?

— Seguidme. Piadosa es la visita hecha á las tumbas. Justo es que por nuestros hermanos roguemos, ya que por nosotros ruegan ellos al Eterno.

— Que sepulcro es ese con que tropezamos el primero, peregrino?

— Cual?

— Ese de mármol que está junto á la sacristía, fijado á la pared, y mantenido por dos cabezas de animales con el escudo de armas de los condes de Barcelona y reyes de Aragon?

— Es de un ilustre misionero, el de un infante que tomó el hábito en este mismo convento. Mirad el epitafio, *Aquí descansa Fray Juan de Aragon, arzobispo de Caller*. La Bosna y la Croacia estuvieron llenas un dia de su gloria; los pueblos salian á recibirle con palmas; los herejes se convertían á la elocuencia de sus palabras; las familias le bendecian por sus virtudes; los reyes por sus consejos; los pueblos por sus limosnas. Cuentan de él que, como su padre en religion San Francisco, viendo que no alcanzaba á convertir á unos herejes, mandó encender una hoguera y predicó entre las llamas un sermon. Fué despues por sus virtudes nombrado arzobispo de Caller y su sobrino Don Pedro IV de Aragon le hizo su confesor al regresar á su país. Muerto el rey, y siendo ya de avanzada edad el infante, retiróse á este convento donde murió con la calma de una conciencia tranquila y con la esperanza de los justos.

— Loada sea su memoria!

— Entremos en esta capilla. Es la de san Nicolás. Veis ese sencillo mausoleo?....

— Sí, quién duerme en él?

— Un rey de Aragon, Don Alonso III que falleció el 17 de Junio de 1291. Fué hijo de Don Pedro el Grande y de Doña Constanza, y nieto del famoso

monarca que mereció ser llamado *el Conquistador*. Hallábase en Barcelona preparando su desposorio con la infanta Doña Leonor, hija de Eduardo rey de Inglaterra, cuando se sintió herido de la enfermedad mortal que le llevó al sepulcro. Pobre monarca! tenía solo veinte y cuatro años cuando tuvo que renunciar á sus sueños de amor, de ambicion y de gloria!

— Debe ser bien triste, morir en tal momento, peregrino!

— Triste debe ser. Su lecho nupcial fué una tumba. Una lágrima y pasemos.

— Seguimos adelante.

El peregrino nos señaló una lápida.

— Esta fué una reina. La historia debe haberos enseñado á apreciar sus virtudes. Se llamó en el mundo Constanza y fué esposa de Pedro el Grande, siendo hija de Manfredo de Sicilia el destronado y prima de Coradino el degollado. Madre de tres reyes y de dos reinas, soportó con valor, con serenidad, con magestad todos los dolores que Dios le envió cuando era, en nombre de su marido, gobernadora de Sicilia, luego que este se hubo apoderado de aquel país que le pertenecía de derecho así que cesó el toque fúnebre que habia llamado á las sangrientas vísperas. Ella fué quien dió una escuadra al hijo del valor y de la dicha Rojer de Lauria: ella quien, contra un pueblo amotinado que defendia su cabeza, concedió la libertad al príncipe de Salerno; ella, en fin, quien, perdonando magnánima y generosamente á los que mataron á su padre, degollaron á su primo, y ahorcaron á sus mas fieles partidarios, se hizo admirar de amigos y enemigos. Cuando hubo muerto su marido, cuando proscrita tuvo que salir del mismo reino en que triunfante habia entrado un día, Constanza se vino á Barcelona donde profesó en el convento de Santa Clara, siendo enterrada á 17 de Junio de 1301 en este convento, no lejos del sepulcro á que habia bajado pocos años antes su hijo primogénito. Fué una gran muger y una gran reina!

Nos dispusimos á salir de la capilla.

— Aguardad, dijo el peregrino. Veis este suntuoso sepulcro junto al altar? Aquí estuvo por espacio de treinta y tres años, Alonso IV *el benigno*, hasta que segun su postrera voluntad, fué trasladado á la iglesia de frailes Menores de Lérida. Sin embargo no está vacía esta tumba. En ella fué sepultada casi un siglo despues, la cuarta muger de Don Pedro el Ceremonioso.

— Doña Sibila de Forciá la catalana, la hija de un simple caballero del Ampurdan?

— Sí. Aquí está la que con toda la majestad y toda la altivez de su caracter

luchó con Domingo Cerdan, el famoso justicia de Aragon; aquí la mal aconsejada esposa que tuvo la debilidad de influir en el ánimo del rey para que privara al hijo de su tercera muger, el verdadero heredero de la corona, del derecho que por su primogenitura le pertenecía. Dios la haya perdonado sus consejos. Era madre del conde de Morella; qué mucho que obrase como madrastra con Don Juan?

— Olvidemos esto; no la recordemos como esposa sino como viuda.

— Oh! dijo el peregrino; bien y cumplidamente pagó su culpa la pobre reina! bien y cumplidamente se la hizo apurar hasta las heces el caliz! A sus instancias, Don Pedro, enojado por el casamiento de su hijo con Violante hija de los duques de Bar, privó á su heredero de la administracion de los negocios y con público pregon mandó que ninguno le obedeciese ni le tuviese por su primogénito. He ahí lo que hizo como esposa, veamos lo que fué como viuda.

Moribundo estaba el rey en Barcelona, afectado de esa enfermedad que los partidarios de Don Juan propalaban ser debida á las brujerías de la reina. Ya antes habian atentado á su honestidad con voces las mas ofensivas. Habíanla primero proclamado adúltera, despues hechicera, despues homicida. Contra la voluntad de su padre, Juan iba á ser nombrado rey así que cerrase sus ojos el ceremonioso.

Era el sábado 29 de Diciembre de 1386. Por consejo del moribundo Don Pedro, Sibila, que todo lo debia temer de las iras de Don Juan; salió fugitiva del palacio en compañía de su hermano Don Bernardo de Forciá, el conde de Pallars y algunos fieles caballeros. El rey quedóse agonizando.

Cruda era la noche y fria; lloviznaba; rugia el viento. A pié y envuelta en su manto, Sibila atravesó las calles y salióse al campo.

Cundió en breve por Barcelona la nueva de esta fuga; la gravedad de las circunstancias aumentó con ello; túvose casi al mismo tiempo noticia de la muerte del rey, y, propalándose el rumor de boca á boca, pasando por el tamiz de la malicia del bando contrario, llegóse á decir que la reina, al abandonar á Don Pedro en su agonía, habia robado su palacio llevándose lo de mas valía.

Nobles, conselleres, prelados, guerreros; palaciegos, todos se reunieron aceleradamente, y allí, junto á la misma cámara donde estaba, sin haber aun tenido tiempo de enfriarse, el cuerpo del esposo, declararon que debia perseguirse como un malhechor á la esposa.

Dióse la orden, la campana lanzó al aire la señal, y el toque de *somaten* retumbó de pueblo en pueblo. Perseguidos los fugitivos como unos miserables

bandidos, oyendo sonar á sus espaldas las voces de sus perseguidores y pasar por sobre sus cabezas el eco de las campanas, encerráronse en el castillo de San Martín de Zarroca, pero cercados por las tropas que tras ellos se despacharon, tuvieron que darse á cuartel y fueron traídos á Barcelona.

Enfermo estaba Don Juan en Gerona, pero tanto pudo en él la fuerza de su ira que, sin consultar el peligro que corría, púsose en camino para la ciudad deseoso de vengarse de la reina. Al llegar se aumentó su enfermedad á consecuencia de las fatigas del viaje y natural agitación de su ánimo: algunos desus médicos opinaron que estaba hechizado, opinión debida al soborno, á la adulación ó acaso mejor á la ignorancia. Todas las voces estallaron entonces en maldiciones contra la infeliz Sibila, y agregándose á ello las declaraciones de dos judíos que dijeron habían tomado parte en los hechizos, sin consideración á su sexo, á su posición, á su nobleza, á su nombre, la desgraciada reina fué condenada al tormento.

Sufriólo con resignación, con valor, con entereza, pero temerosa de ser sentenciada á muerte, hizo entrega á Don Juan de todos sus estados y bienes. Este los recibió y donó á su muger Doña Violante, y aplacada su cólera algún tanto con esta cesión, y mediando la autoridad de un venerable prelado, perdonó la vida de Sibila, de su hermano y del conde de Pallars, pero hizo degollar á todos los que la habían acompañado y seguido.

Una miserable pensión que se le señaló bastó á la pobre reina para pasar tranquila en el retiro los últimos años de su vida hasta que á su muerte acaecida en 24 de noviembre de 1406 dióse descanso eterno á sus restos en este sepulcro.

Tal es la historia.

— Historia bien triste por cierto y ejemplo claro para probar que los desengaños y grandezas de este mundo pueden ser destruidos en un instante como pluma que arrebatada entre sus alas el impetuoso viento.

Seguimos al peregrino.

— Por qué pasamos de largo por delante de esta capilla?

— Es la capilla de Santa Isabel. Solo hay dos tumbas que parecen gemelas. Las veis por entre los hierros? Son las de dos hijos de reyes. En la una yace Federico, hijo del primer Alonso que murió en 1320, en la otra Pedro, hijo del rey Don Pedro que falleció en 1370. Llegaos á esa otra capilla. Es la de San Estéban y debemos detenernos en ella.

— De quién es ese hermoso sepulcro de mármol?

— De la reina de Aragon Doña María, hija de Lusignan el rey de Jerusalem

y Chipre y muger segunda de Don Jaime el justo. Junto á ella estuvo depositado el cadáver de su marido, el que sujetó la Cerdeña y llevó sus armas hasta la frontera del reino de Granada, pero no estuvo mucho tiempo en este convento pues que fué trasladado al monasterio de Santas Creus donde se le labró un magnífico panteón, honra del arte.

— Y esa lápida?

— Es la que recuerda á la memoria de los catalanes el nombre del antepenúltimo conde de Urgel. En efecto, aquí yace Don Jaime, que fué hijo de los reyes Don Alonso IV de Aragon y de Doña Teresa de Entenza, y hermano del ceremonioso Don Pedro. También es su historia todo un drama.

— Nos lo contareis?

— En pocas palabras. Ya sabeis la famosa *Union* que en Aragon se había formado no queriendo admitir por sucesora á la corona la infanta, hija única del rey. Don Jaime se hizo partidario de la *Union*, la capitaneó y se declaró aspirante á la corona.

Desde aquel momento Pedro le cobró un odio á muerte.

Celebraba cortes en Barcelona el ceremonioso cuando tuvo noticia de la llegada de Don Jaime. Salióle á recibir y dispuso festejos para solemnizar su entrada. El conde de Urgel llegó débil, enfermizo, sintiéndose herido de una extraña dolencia. Cuando vió al rey que al frente de su corte fué á su encuentro tendiéndole los brazos, le miró fijamente y le dijo con una voz sombría: — Hermano, creo que estoy envenenado.

El ceremonioso se puso pálido; sin embargo, procuró sonreírse. Comenzaron en seguida los festejos, pero tuvieron que suspenderse porque se agravó la dolencia de Don Jaime. Fué transportado á su posada y al día siguiente había muerto.

— Oh! la ambición á la corona, que parecieron heredar todos los condes de Urgel, fué bien fatal á esa casa!

— Ahí teneis el ejemplo. Veis esa otra tumba? Pues bien, en ella yace la infanta Doña Isabel condesa de Urgel, hija del mismo rey Don Pedro IV y de la desgraciada Sibila, y hermana de Don Martín por cuya muerte debía suceder á la corona. Casó con Don Jaime, nieto del otro Don Jaime de Urgel; su esposo aspiró á la corona cuando la muerte sin hijos de Don Martín. Le acudía el derecho, le apoyaba la razón, le quería el pueblo. Sin embargo, los manejos de San Vicente Ferrer consiguieron aquella tan extraña decisión del parlamento de Caspe, y Don Fernando *el de Antequera* fué llamado al trono. Incitado por su madre Doña Margarita de Monserrat, que en el decurso de

aquellos acontecimientos dió muestra sobrada de su ánimo varonil y ambicioso, opúsose Don Jaime á quien la historia ha llamado *el desdichado conde*, al nombramiento del nuevo monarca y apeló á las armas. Fué perdiendo sus villas una á una, y reducido por fin á la ciudad de Balaguer, su último baluarte, tuvo que entregarse despues de una obstinada resistencia. Con él acabaron los condes de Urgel. Aquí teneis la mortuoria lápida que cubre á la última condesa.

Ahora, venid, seguidme. Atravesemos el coro y consagremos de paso una mirada á las tumbas que guardan los restos del infante D. Ramon Berenguer, hermano de Alfonso IV, de la infanta de Sicilia Doña Blanca, de la infanta doña Juana condesa de Prades, de la condesa de Módice muger del famoso Don Bernardo de Cabrera, del ilustre obispo de Segorbe Juan, y del obispo de Barcelona Fray Bernardo Pelegrí. Sí, veámoslas todas de paso, y detengámonos solo ante este sepulcro que está junto al presbiterio.

— Precioso sepulcro! Una gran piedra de jaspe en que está esculpida la efigie de una monja con el báculo de abadesa en la mano y alrededor un nombre...

— El nombre de los Moncadas; que aquí duerme su último sueño Doña Violante de Moncada, abadesa del real monasterio de señoras de Pedralves. Mostró esta dama varonil aliento y tuvo ocasion de desplegar todo el caracter orgulloso y resuelto de su estirpe. Desde la fundacion del monasterio de Pedralves, habian sido siempre en él las abadesas de vida. Éralo por los años de 1500 doña Violante, cuando queriendo D. Fernando y el cardenal Cisneros introducir una reforma, trataron de que las monjas eligiesen otra abadesa deponiendo á la que tenian. Al efecto, se les señaló para elegir en su lugar á Doña Teresa Enriquez, religiosa de un convento de Andalucía. Opusieronse las monjas, opúsose sobre todo Doña Violante, fundándose esta en la injusticia que se le hacia queriéndola deponer sin justa causa fundándose aquellas en la novedad que imponerse les queria de que fuesen trienales las abadesas.

Ofendido el rey Don Fernando de la oposicion que se hizo á la noble Doña Teresa Enriquez á quien se negaron á admitir, envió una hija natural que tenia monja en un convento de Castilla llamada Doña María de Aragon, con varias de otros monasterios y una del convento de Ntra. Sra. de Jérsalen de Barcelona, prima del mismo rey Don Fernando, y llamada Doña Teresa de Cardona, con orden espresa de que su hija fuese elegida por superiora.

Protestó de la violencia la descendiente de los Moncadas y apeló de la injusticia al sumo pontífice. Hizo mas, salióse de la clausura y acompañada de una sola monja, partió para Roma donde consiguió del santo padre sentencia para

volver á Pedralves, y continuar mientras durase su vida en el puesto de abadesa.

Apeló el rey, y el pleito se hizo ruidoso, pero desgraciadamente Doña Violante que estaba en Barcelona en el palacio de su hermano el marqués de Aitona, murió repentinamente, declarando al morir que deseaba ser enterrada en el convento de San Francisco de Asis.

Cumplida quedó, como veis, su postrera voluntad.

Acerquémonos ahora al altar mayor, y contemplad ese riquísimo sepulcro de mármol. Toda esa pompa, todo ese lujo de labores y detalles, os indicará que aquí yace una persona que ha dejado un gran nombre. Y es verdad, guárdanse aquí los restos de Doña Leonor reina de Chipre. Leed su epitafio latino (1) que así dice traducido:

« A Dios óptimo, máximo.

Aquí yace Leonor, reina de Chipre, rama del árbol real de Aragon. No hubo en su siglo muger que en costumbres, mansedumbre, bondad, honestidad, discrecion y arreglada vida la aventajase. Mereció en la débil condicion de su femenil sexo los elogios y alabanzas de los varones mas esclarecidos, pues castigada y vengada la aleve y tirana muerte de su marido, redimió el reino de Chipre para su hijo de la vejacion injusta con que su tio le afligia con guerras crueles. Llorad pues, ó castas doncellas, la muerte de vuestro mejor blason. Llorad matronas y honestas viudas, y vosotros, hombres, favoreced con vuestro llanto á la difunta. Fué Leonor nueva virago porque fué muger de ánimo el mas varonil. Fué terror y castigo para los malos, única esperanza para los buenos, escudo para los fuertes, asilo para los caidos, gozoso consuelo para los desconsolados, socorro dulcísimo para los pobres, y la que por esta escelsa caridad y compasion se movia á dotar á las pobres doncellas y dar crecidas limosnas para redimir á los cautivos. De ahí era, impelida á librar de los engaños que los huérfanos podian padecer, y reparar los templos y casas de Dios, manteniendo con estos heróicos actos de virtud inviolable su devocion y piedad. Es pues de creer que su alma está en el cielo, como su cadáver dentro este mármol. Murió en fin, desatando la muerte el lazo de su vida, en el segundo dia de la pascua del nacimiento del Eterno rey el año 1417.

Y ahora que el epitafio habeis leído, oid su historia que es todo una interesante y dramática relacion.

(1) Este epitafio lo compuso en muy correctos versos latinos Don Juan Ripoll doctor en leyes y ciudadano de Barcelona.

— Pero antes, decid, buen peregrino, no tuvo esa reina por padre á un varon ilustre, al esposo esclarecido de esa misma Juana de Foix cuyo nombre hemos visto grabado al pasar en una lápida?

— Sí, al mismo que despues de haber enviudado tomó el hábito en este convento, al venerable Fray Pedro de Aragon.

— Contadnos su historia.

— Como gustéis. Conoceremos primero al padre.

— Sí, será una brillante introduccion para la historia de la hija.....

— De todos modos es justo que le tributemos un recuerdo. Cómo fuera posible, estando en el convento de San Francisco, olvidar al que señalan las crónicas como á uno de sus hijos mas esclarecidos?

— Empezad pues.

— Sentaos en las gradas de esta capilla. La relacion es larga.

Y así empezó el peregrino.

V.

GUERRERO, POETA Y FRAILE.

HISTORIA DEL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON.

CURIOSA vida es por cierto la suya.

Nació en las gradas de un trono, habitó los salones de un palacio, murió entre las austeridades de un claustro.

La nobleza le halla hijo de los reyes Don Jaime II el justo y Doña Blanca, el valor lo mira general de las armadas de Cataluña, el reino procurador general de Aragon y Cataluña, el poder conde de Ribagorza, de Ampurias y de Pra-

des, la erudicion poeta elegantísimo, la ciencia teólogo famoso, la caballería buen justador y airoso galan, la religion fraile.

Tales son las diversas y variadas faces que su vida ofrece.

Nacido en Barcelona, la ciudad que se mira coqueta en el espejo que á sus piés tiende el Mediterráneo, la historia le sigue paso á paso y le encuentra que desde que tenia doce años hasta que tomó el hábito de menor, no hubo empresa militar dentro y fuera de su reino, ya contra moros, ya con los reyes de Mallorca y de Castilla, á que él no asistiese y en que no tomase activa parte.

Era por lo demas el mozo mas gentil que habia en los dos paises unidos, el mas galan y una de las mejores lanzas de la caballería.

La *Gaya ciencia* le contaba entre sus privilegiados adeptos.

Las crónicas nos han conservado el recuerdo de la ocasion en que se dió á conocer como poeta.

Fué cuando la coronacion de su hermano Don Alonso III.

Tenia entonces veinte y cuatro años y con ochocientos caballos que mandaba pasó de Barcelona á Zaragoza.

En el régio banquete, él fué quien quiso servir las viandas á su hermano haciendo el oficio de mayordomo, y llevando á tal grado la bizarría y galantería, que todas las diez veces que sirvió el plato á la mesa, sacó diferente traje. El vestido que se quitaba, que era de tela de oro forrado de armiños y lleno de perlas, se lo daba á uno de los servidores.

Acabada que fué la comida, quitáronse las mesas y se dispuso un rico tablado en medio del cual se sentó el rey en su trono con su corona de oro en la cabeza y cetro en la mano. Junto á él, aunque algo apartados los arzobispos, y á los piés los ricoshomes, caballeros y ciudadanos.

En tal disposicion el concurso, presentóse un jóven cantor de muy linda voz, llamado Romaset, y pidió permiso al rey para cantarle una *villanesca* compuesta por el infante Don Pedro.

Accedió el monarca, y Romaset cantó una bella cancion hecha á propósito para aquel momento por el infante, pues que contenia la declaracion de lo que significaban las insignias reales que habia recibido el rey.

La *corona*, decia, en ser redonda y no tener principio ni fin, denotaba á Dios todo-poderoso que era sin principio ni fin, en el cual habia de tener siempre el rey puesto su entendimiento, memoria y voluntad, y que por esto se la habian puesto en la cabeza donde estas tres potencias tienen su asiento.

El *cetro* en ser vara derecha, denotaba la justicia que sobre todas las cosas